



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 96 21

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-
rresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg
Monsmartre, 31.

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses,
25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La
correspondencia á la Administración.

SABADO 25 DE NOVIEMBRE DE 1893.

LEONIE BROUTIN.
Modista de Sombreros de París
Llegará en la próxima semana
PLAZA DEL REY, 16, PRINCIPAL.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para
vino.—Tijeras para vendimiar.—
Id. para podar.—Máquinas para des-
granar panizo.—Id. para taponar
botellas.—Id. para limpiar id.—Id.
para picar y embutir carnes.—Hor-
cas de acero.—Azadas, legones y
rastros de id.—Ingertadores.—Filtros
para vinos y licores.—Agotadores pa-
ra botellas.—Cepillos, cadenas, les-
piches, etc. para bocoyes.—Bombas
de trasego y otras.—Armeros espe-
ciales para botellas.—Cestas idem
para idem.—Arados de vertedera fi-
ja y móvil.—Embudos automáti-
cos.—Mobiliario para jardines.—Ca-
retillas para sacos.—Espino artificial
para cercas.—Jarrones, macetas,
balaustrés etc.—Básculas sin nume-
ración.—Vía estrecha para traspor-
tar frutas.—Wagoncitos plataformas,
etc.

De venta en MUSEO COMER-
CIAL.—Puerta de Murcia.
PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

EL CAPITAN ARIZA.

Mucho ha hablado la prensa du-
rante los últimos días comentando
la bravura del capitán Ariza, ac-
tualmente en Melilla, pero nada se
ha dicho todavía del hecho de ar-
mas más saliente con que Ariza
cuenta en su historia militar, hecho
que, por sí solo, basta para inmortalizar á un hombre.

Ariza sentó plaza como voluntario
á fines de 1863 en el batallón ca-
zadores de Bailén, adquiriendo en
poco tiempo tan completo conoci-
miento de toda la sierra y manigua
de la jurisdicción de Manzanillo,
que fueron sus servicios constante-
mente utilizados para llevar comuni-
caciones atravesando las filas
enemigas y haciendo reconocimien-
tos, de los que salió siempre sin un
rasguño apesar de los peligros cons-
tantes que envolvían esta clase de
operaciones.

Sus jefes tenían tal confianza en
Ariza que aun siendo solo un sim-
ple soldado, le consultaban para el
desarrollo de cualquier plan ó mo-
vimiento proyectado.

Su temperamento nervioso é ins-
tintos guerrilleros se avenían mal
con la obediencia pasiva del solda-
do de filas; pero este hombre que
tan nervioso é inquieto aparecía
cuando se le obligaba á permane-
cer inactivo, adquiría una calma y
desplegaba una sangre fría asom-
brosa, tan pronto como se encon-
traba frente al enemigo, condicio-
nes, que unidas á su reconocida
bravura, le hicieron el contra-gue-
rrillero más temible de toda la ju-
risdicción de Manzanillo.

Accediendo á las constantes pe-
ticiones de Ariza, el Comandante
General de la jurisdicción de Man-
zanillo le autorizó á formar una
contra guerrilla de diez hombres.
(Ariza era cabo en esta fecha) y á
manejar con entera libertad. Des-
de este momento Ariza inició una
guerra no interrumpida de hazañas.

Sus salidas las hacía al ponerse

el sol y al amanecer volvía al cam-
pamento ó poblado, pero siem pre
con alguna presa entre manos ó ha-
biendo castigado severamente á los
insurrectos.

A fines de 1873 Ariza, ya alférez,
capitaneaba una contra-guerrilla
de 150 hombres, y se le metió entre
ceja y ceja coger á Calixto García,
uno de los jefes más temidos de la
insurrección y que mandaba un pe-
queño ejército de 2000 ó 3000 hom-
bres.

Desde el momento en que Ariza
concebía aquel pensamiento, se con-
virtió en la sombra de Calixto Gar-
cía, picándole constantemente la
retaguardia, macheteándole los re-
zagados y no dejándole acampar
con tranquilidad.

Un día, á principios de 1874, Ari-
za recibió, por un confidente, aviso
del sitio donde el cabecilla insur-
recto iba á acampar aquella no-
che.

A las 4 de la tarde de aquel mis-
mo día salió Ariza de Manzanillo
con sus 150 hombres y al oscurecer
habían ya caído en sus manos, uno
á uno, quince ó diez y seis hombres
de la gente de Calixto García, quien
ya acompañada se disponía á hacer
el rancho y con este objeto parte de
ella se había diseminado por el
bosque en busca de moniatos y ba-
nanas.

Inútil es decir que después de un
brevisimo interrogatorio, cada uno
de los mambises capturados fue á
aumentar el número de los racimos
de bananas que de los árboles pen-
dían.

Próximo ya Ariza á las avanza-
das de Calixto García, dejó á su
gente apostada convenientemente
en tres grupos con instrucciones de
que tan pronto como oyese tiros en
el campamento insurrecto, avanza-
se cada grupo por distinto lado, ha-
ciendo fuego y tocando las cornetas
á fin de hacer creer á los insurrec-
tos que fuerzas superiores los ata-
caban.

Hay que advertir que en aparien-
cia y en uniforme poco se diferen-
ciaban Ariza y su gente de los insur-
rectos, pues todos usaban el tra-
je de rayadillo y sombreros de jipi-
japa.

Ariza acompañado de cuatro de
sus hombres á caballo, penetró re-
sultantemente en el campamento in-
surrecto y á los *¿quien vive?* de los
insurrectos, contestaban: *Cuba li-
bre*, acompañado de *Compadre ¿s
que hay güdama?* y frases por es-
te estilo que engañando completa-
mente á las avanzadas y centinelas
por tratarse también de cinco-hóm-
bres solamente, permitió á estos
bravos llegar al centro mismo del
campamento insurrecto.

Por pura casualidad, como el
mismo Calixto García relatada des-
pués, Ariza dió inmediatamente con
la tienda del jefe insurrecto, quien
estaba acompañado de tres de su
Estado Mayor.

Ariza y su gente echaron pié á
tierra y revolver en mano se lan-
zaron al interior de la tienda enta-
blándose una lucha cuerpo á cuer-
po. Calixto García trató de hacer
fuego sobre Ariza, pero este le aga-
rró la muñeca y viendo el Jefe in-

surrecto que llevaba la peor parte
y que sus tres compañeros estaban
ya trincados sin que esta lucha hu-
biese llamado la atención fuera de
la tienda, se dirigió su propio re-
volver debajo de la barba disparán-
dose un tiro que le atravesó la len-
gua saliéndole el proyectil por la
frente.

Dueño ya Ariza de Calixto Gar-
cía y sus tres ayudantes, emprendie-
ron la retirada limpiando á tiros de
revolver su camino y, á estos dis-
paros empezó la contra-guerrilla un
fuego graneado por distintos sitios
que sembraron el pánico y la con-
fusión en el campamento insurrec-
to.

Antes de que los mambises pudie-
ran rehacerse, Ariza estaba ya con
los suyos metidos en un potrero, ca-
mino de Manzanillo, en cuyo potro-
ro se hicieron fuertes durante el
resto de la noche.

A la mañana siguiente entraba
Ariza con su gente y los cuatro
prisioneros en Manzanillo, cuyo
Comandante General no fiándose
de tener preso á Calixto García en
el pueblo, lo mandó abordo del Ca-
ñonero *Venadito*, del cual era á la
sazón Contador un amigo y paisa-
no nuestro quien, así como varios
de los jefes que hay aquí del tercer
Regimiento de Infantería de Marina
que en aquella fecha operaban en
la jurisdicción de Manzanillo, pue-
den dar mas detalles en corroboración
del hecho que acabamos de re-
latar y por el cual fué Ariza ascen-
dido de Alférez á Capitán.

G.

MARIA PEPA O LA CIENCIA PERSEGUIDA.

(Colaboración inédita.)

Lo que ella decía, cuando la molesta-
ban los dependientes de la autoridad, por
mor de malas lenguas, calumnias y tes-
tigos falsos.

—No se pué vivi honradamente—ex-
clamaba más *acharé* que su esposo na-
tural cuando rajaba el morrillo de algún
toro.—Mucha libertad y mucha música,
porque en cuanto ven que una probeti-
ca criatura zolita en er mundo ze gana
la via con desensaí y con una profesión
decorativa, to zon dificultaes.

«Decorosa» quería decir María Pepa,
aludiendo á su ocupación de «echar las



cartas» y de adivinarlas todo lo porve-
nir á las personas que la visitaban para
consultarla.

¡Y qué personas!
Todo lo principal ó buena parte de lo
principal de la sociedad en el «mujerío».
Duquesas, marquesas, condesas, coci-
neras, doncellas y chicas domésticas; ar-
tistas en chalecos, pantalones y camisas;
tiples de línea y algún caballero cu-
rioso.

María Pepa había seguido la carrera

por convicción y por principio: á la
vera de su tita la *Churrona*, que fue el
pasmado de aquellas tierras de Málaga y
Granada, como mujer de *cencia* en lo de
«echarle» las cartas á las personas de
viso, amigos do saber cosas del porve-
nir y de ultratumba.

María Pepa lo sabía todo en la profes-
ción.

**

Un italiano que cayó por *entonces* en
Andalucía y que era un profesor en ma-
jía y cartomancia y sonambulismo, qui-
so hacer sonámbula á la muchacha.

Pero ella no consintió en dormirse ni
en broma.

Era la única especialidad en su ramo
que no practicaba la sobrina y sucesora
de Frasquita I la *Churrona*, como la de-
cían las gentes de bien.

¡Qué mujer aquella!
Murió en jaula como perdiz de recla-
mo.

Pero ni á merecía por sus gracias y su
saber.

María Pepa quedó solita en el man-
do; aunque, según la decía, en sus pos-
trimerías su tía y profesora: la dejaba
una profesión horrada.

—Erez ya una mujé, y no ha de far-
tarte qué comer, zi tú quieriez, hija mía,
que tienez guenaz manoz por loz naipes
y erez má jermosa que una onza de oro.
Zab: una mijita é cante y otra mijita de
acá...

Y, diciendo esto, la *Churrona*, mene-
ba las caderas y tocaba los «palillos» con
los dedos, como presintiendo á la *Bella
Chiquita*.



Efectivamente, María Pepa se ganaba
la vida, gracias á las personas cándi-
das.

Su casa era, como dicen las gentes,
un jubileo, mal comparado, por su-
puesto.

Las vecinas la veían con envidia y
murmuraban de la manera de vivir de
María Pepa.

Aquel entrar y salir de «señoras» de
coche y de criadas y doncellas, inspira-
ba, al poco tiempo de vivir en la casa la
adivinadora, sospechas nada favorables
para ella.

Cuando supieron sus habilidades se
tranquilizaron aquellas mujeres virtu-
osas, entre las cuales se contaba la porte-
ra que llevaba la correspondencia de
una señorita del principal exterior del
centro y era mujer de muchas relaciones
en Madrid, aunque vivía sola; una
viuda según ella de un capitán que es-
taba en Filipinas habitaba en un segun-



do interior con una criada de doce á ca-
torce hiervas. Se decía en la vecindad
que el capitán se había ido á Ultramar
antes de casarse con la capitana como á
ella la llamaban, y que no había vuelto
más.

Estas y otras vecinas alarmadas por la
proximidad de María Pepa se quejaron
al delegado del distrito y cuando supie-
ron que «echaba las cartas» se apresu-
raron á visitarla para que las ilustrase
respecto al porvenir, gratuitamente, co-
mo convecinas.

María Pepa había ensanchado el cír-
culo de sus conocimientos y de la adivi-
nación pasó á proporcionar recetas para
varios padecimientos morales.

«Para hacerse querer por un hombre
ó por una mujer».

«Para casarse».

«Para hacerse aborrecer por la perso-
na que quiere el dueño ó dueña de la
receta».

«Para volver moreno á un rubio y pa-
ra blanquear á un moreno».

Y otras de igual importancia.
Estas maravillas aumentaron su clien-
tela.

Y hubo mujer que hizo mudar de co-
lor y hasta de pelo á su marido y á su
amante.

Y marido que estuvo con un pie en el
sepulcro, en fuerza de los menjunges
que le administraba su mujer celosa,
para conseguir apartarle de distraccio-
nes pecaminosas y desahos penibles.

¡Pobre María Pepa!
«¿Quien habría de anunciarla, cuando
lo adivinaba todo, que la perderían sus
conocimientos químicos-inmorales?»

Ella todo lo hacia por el bien de sus
semejantes; para proporcionarles un
bienestar relativo!

Un día llegó una *barbiana* en busca
de la adivinadora.

María Pepa recibía todos los días, de
sol á sol, como quien dice no andab
con etiquetas ni fórmulas sociales: se
quedaba en casa diariamente.

La desconocida quiso conocer su «sig-
no» antes que todo.

Y la *salió* «que un hombre moreno la
engañaba, porque quería á otra mujer y
que á ella no le faltarían malas razones
y palos».

—Lo de los palos es verdad—decía en-
ternecida la cliente—y lo de las malas
razones, que me trata como á una ne-
gra de la Siberia.

(A la sazón no había negras en aquel
punto.)

María Pepa concluyó por facilitar á la
desolada amante, unos polvos para que
los diese en la comida al ingrato.

La *Otela* guardó la caja con los polvos
y pagó á la profesora lo que pidió pre-
metiendo volver á darla cuenta del re-
sultado ó en busca de otro remedio, y
salió de la casa.

A la de María Pepa llegaba el juzgado
algunos días después para llevarse á la
curandera.

«¿Qué había ocurrido?»

Nada: según ella una *delación falsa*,
un mal querer ó una mala lengua.

Aquella mujer á quien, finalmente,
había vendido los polvos de la felicidad,
la denunció á los tribunales.